



SENTI I

EL primer número de «PADRES Y MAESTROS», en este nuevo curso 1967-1968, desarrollaba el tema del sentido social. En la base de toda buena formación humana, y, por lo tanto, en el dinamismo de su desarrollo, la apertura del sentido social aparecía como presupuesto fundamental para la buena marcha de los otros cuatro: sentido religioso, sentido del cuerpo, sentido de la orientación vital, sentido artístico.

Más de un educador se habrá preguntado las razones que nos mueven a relacionar el sentido social con el sentido artístico; más aun, por qué el sentido artístico, de interés secundario para una buena parte de los educadores, se ha introducido en este curso al mismo nivel que el sentido religioso o el sentido social, cuya importancia está más o menos en la conciencia de todos.

Efectivamente, la secundariedad del sentido artístico ha sido demostrada por la historia escolar de manera inequívoca. El colegio suele aprovechar espaciadamente las buenas cualidades de ciertos alumnos para sacar adelante un par de com-

DO ARTISTICO

promisos: la velada del santo del señor Director y la velada de la fiesta titular del colegio. Todo ello se lleva por delante una serie de horas de trabajo. Todo año ha traído sus complicaciones económico-escolares. Algunas familias se han quejado de los gastos de la fiesta y otras familias (y varios profesores) se han quejado del suspenso en matemáticas que alguno de los actores ha llevado a casa... por culpa del teatro. Y al final todo el mundo está de acuerdo: menos veladas y más clases de recuperación de matemáticas.

Naturalmente, sería una manera demasiado obtusa de entender la educación la que excluyera, por sistema, de la formación escolar, la posibilidad de que el niño o la niña completaran sus conocimientos intelectuales con otro tipo de habilidades más o menos artísticas. Pero los educadores han encontrado su fórmula: al «además» de aprobar las asignaturas... al «además» de sacar la reválida, el niño toca el piano o la trompeta, o sale a las tablas o pinta un cuadro, mejor que mejor.

«Además». Este adverbio condiciona inexorablemente el plan de educación y limita enérgicamente una posible intrusión del arte en la fase de la vida escolar. En la tabla de valores por la que se rige el colegio no se le admite en paridad de condiciones con las otras materias sino en la modesta zona de los apéndices.

Hay, desde luego, un punto de vista que vuelve razonable y prevenida esta manera de pensar. Tal como la sociedad funciona y tal como los puestos de trabajo de esa sociedad están condicionados, al alumno no le queda más remedio que asegurar su futuro por medio de la formación intelectual que la sociedad va a exigirle. Y es claro que, fuera de los casos en que el individuo vaya a ser un artista profesional y a vivir de su arte, la competencia se le presentará en otros terrenos que debe llevar dominados. La sociedad (o la burocracia social) le exigirá exámenes y oposiciones, buena ortografía y matemáticas, y nunca llegará a ser buen médico por el mero hecho de tener una sensibilidad exquisita. Si Einstein, además de sus investigaciones científicas, tocaba discretamente el violín, a nadie le cabe duda de que no fue su pulso de violinista lo que le valió el Premio Nobel.

Sin embargo nos queda por resolver una serie de incógnitas: el hecho de que la sociedad funcione de esta forma, ¿es una garantía de que el funcionamiento profundo del hombre haya de ser el que la sociedad le impone y no otro diferente?

¿Acaso el hombre no sacrifica ninguna de sus aptitudes y apetencias más radicales al abandonar el desarrollo de su sensibilidad y de su sentido artístico?

¿Qué función asignan pedagogos y psicólogos al sentido artístico en el desarrollo integral de la personalidad?

¿Qué resultados se han obtenido en los centros donde este plan de desarrollo ha sido experimentado?

Todas estas preguntas están por resolver, o mejor, están por plantearse en un buen número de educadores. Las respuestas existen para quien tenga interés en formularse las preguntas e intentaremos responderlas a lo largo de este número.

Podríamos empezar constatando como un signo de los tiempos el fenómeno de la melomanía juvenil: el mundo joven ha encontrado en la música su clima. No se trata de una forma de evasión pura, sino del testimonio de aquello que pudiéramos llamar conciencia de una generación, de su fisonomía temperamental, social, moral y religiosa... La música se ha convertido en protesta y en plegaria, en expresión viva de todo lo que les apasiona o les repele. La psiquiatría habla del regreso hacia los ritmos vitales, acaso intrauterinos, en cierta clase de música que parece arrancar de las raíces del hombre y que le revela en todo instante su condición de «animal rítmico».

Ha aquí una primera pista, sugestiva por lo menos.

Tampoco se nos oculta, trasladando el problema a otro plano, el puesto que ha ocupado el arte en la cultura de todas las épocas ni el puesto que debe ocupar la cultura en el hombre de todos los tiempos. Las relaciones culturales son una buena base para llegar a otro tipo de relaciones más complicadas: económicas, políticas... El diálogo internacional ha comenzado no pocas veces por medio de esa amable estrategia que las naciones se reservan para abrir boca cuando otra clase de relaciones resulta prematura: un intercambio cultural que va desde el intercambio de ballets o programas de TV hasta la colaboración conjunta en una primera empresa de envergadura internacional.

Nos consta que cuanto acabamos de decir no es argumento capaz de remover la inercia de la mayoría. Pero ahí está para quien quiere entenderlo. Y quizás no estaría de más que una voz entusiasta nos empujase al desarrollo de este sentido artístico por las mismas razones por las que se nos empuja al desarrollo físico: todo es cuestión de perfeccionamiento humano. «Contamos contigo».

